¿A DÓNDE VAMOS?

AL NIÑO LUIS JÁUREGUI Y ARIZTIGUIETA.

En el artículo *¿A dónde vamos?* he procurado definir un pensamiento altamente moral. Y como á la luz de la doctrina católica, en que con tan fervorosa solicitud te educan tus amantísimos padres, y con tu prematura y vigorosa inteligencia, puedes ver la bondad y vislumbrar la trascendencia que entrañan los santos principios religiosos que profesas; medita sobre las consideraciones que abraza el artículo que te dedica, para acreditarte sus cordiales simpatías y particular predilección, tu apasionado

JUAN CANCIO MENA.

—¡Madre! ¡Madre! Mi cabeza se confunde; me asaltan lúgubres ideas; me preocupan tristes presentimientos y me agitan temores y esperanzas.

—¿Qué te aflige, hijo del alma? ¿Qué veo en tí de fatídico y siniestro? ¿Qué pensamientos anublan y oscurecen tu imaginacion?

—No sé lo que pasa dentro de mí; no sé darme cuenta de lo que percibo en el fondo de mi sér; pero hay algo de pavoroso en mi conciencia; hay dudas y vacilaciones que me atormentan.

—¿Te acusa quizá la voz del remordimiento? ¿Has faltado á tus deberes? ¿Has mancillado la conducta con acciones indignas?

—No, madre, no. Yo no puedo separarme de la buena senda que me habeis trazado con vuestras palabras de amor y de ternura. Yo comprendo el bien porque me lo habeis enseñado. ¿Y quien que lo comprenda podrá ultrajarlo? ¿Quién que esté aleccionado en la justicia, en la caridad y en la honradez es capaz de hechos injustos, egoistas y bastardos?

—Basta, basta, hijo mio: tus francas protestas me tranquilizan. No, no puedes ser desgraciado, porque quien como tú piensa y siente, es dichoso en medio de las tribulaciones.

—Pero decidme, madre, ¿qué pensamientos son los que embargan mi espíritu y sobrecogen todo mi sér? Pienso en mí mismo; pienso en que existo; pienso en que amo; pienso en que de mi alma se desprenden afectos purísimos y vehementes; pienso en que estos afectos son superiores á todos los goces

Biblioteca Nacional de España

de mi vida; pienso en que despues de conocer el inefable placer del sentimiento, no puede renunciarse á dicha tanta sin horror y espanto. ¡No, no; yo no quiero morir, porque la muerte, no solo me privaria de la vida material del cuerpo, sino que me arrancaria esas afecciones tan supremas! ¿Cómo, cómo es posible que mi amor de hijo se disipe? ¿Cómo es posible que esas simpatías fervientes que me exaltan y absorben sean tan fugaces? ¿Cómo, madre mia, he de conformarme con volver á la nada?

—¡Cálmate, hijo mio, cálmate, mitiga tu quebranto!

—¡No, no es posible! ¿Cómo ha de ser posible renunciar al bien del amor? ¿Cómo es posible renunciar al alma? ¿Quién, quién inventó la vida del hombre para que pudiese comprender lo infinito y lo eterno, y le arrebató lo eterno y lo infinito?

—No prosigas, no prosigas, que tu imaginacion calenturienta y abrasada te enloquece.

—Sí, sí, madre; dadme consuelo, que sin vuestro consuelo me pierdo.

—Acuérdate de Dios; piensa en su poder inmenso; piensa en su amor y en su misericordia.

—¡Oh! esas palabras despiertan en mi mente ideas grandiosas; ideas que me levantan y me sobrenaturalizan. Seguid, madre, seguid, que os escucho con febril impaciencia.

—¿Cómo, hijo mio, cómo has de pensar en Dios, sin ver en Dios la causa de las causas, la fuente de todo bien, el orígen de todo poder y el gérmen de toda dicha?

—¡Ah, sí, sí, madre de mi alma! ¡Sí, Dios y felicidad! ¡Dios y ventura sin límite! ¡Dios y amor infinito! ¡Dios y amor eterno! Esas ideas templan la exaltacion de mi espíritu; esas ideas me devuelven la calma; esas ideas son el iris de paz de mi atribulado corazon.

—Habla, pues, habla con serenidad y sosiego. Explícame las penas que te afligen.

—¡Escuchad, madre, escuchad! Cuando aparto los ojos del mundo; cuando los placeres me repugnan; cuando los goces me hastían; cuando comprendo la vanidad de las cosas humanas y reflejo mi espíritu sobre mí mismo, formando conciencia de lo que soy y presagiando lo que puedo ser, hay una idea tremenda y funesta que me aterroriza; hay una idea ante la cual me rindo; hay una idea que me avasalla; esa idea es la idea del *no ser*, la idea de *la nada*, la idea de *la muerte*. ¡Ah, madre! *no ser*, despues de haber sido y de conocer la existencia y dilatarla por los hermosos horizontes de la eternidad; reducirse á *la nada*, despues de sentir las tiernas afecciones del amor; y pensar en *la muerte* absoluta y completa despues de haber comprendido una vida sin fin: esto es horrible, cruel é insoportable; y ante un cuadro tan sombrío é imponente no es posible resignarse; ante un presente tan amargo y un porvenir tan espantoso no es posible la existencia. ¿Por qué vinimos al mundo? ¿A dónde vamos, madre, á dónde vamos?

—Deten tu imaginacion inquieta y abrasada, recoge tu espíritu, levanta tus ojos al cielo y medita. Medita tranquilamente, medita sin la fiebre que te devora, medita con apacible calma, porque solo con la tranquilidad del espíritu, con un criterio recto y exento de pasiones es como se puede ver la verdad.

Biblioteca Nacional de España

—¡Que Dios os oiga, madre mia; que Dios derrame su bendicion sobre nosotros, y que la paz sea con mi conciencia!

—Reflexiona, hijo mio, reflexiona sobre lo que eres, y es seguro que cuando te convenzas del misterio que entraña tu sér, te asombrarás de tu propia existencia y te postrarás con fervoroso entusiasmo ante el Autor del mundo. ¿Cómo es posible que en una obra tan perfecta y tan armónica hubiese una monstruosa y tremenda contradiccion? ¿Crees, por ventura, que esa alma que se agita dentro de tí mismo, es un accidente de la vida humana; que es un objeto efímero y liviano; que es una cosa pasajera y deletérea? ¿No sería la más cruel de las tiranías la que se ejerciera por el poder altísimo, sobre un espíritu inteligente y sensible, que dejándole comprender todo lo sublime del bien y todo lo grandioso de la eternidad, le arrebatase el objetivo supremo de sus más ardientes aspiraciones? ¡Ah! sospechar lo infinito, presagiar lo eterno, comprender el amor absoluto, presentir los goces de una gloria inmarcesible, y reducirse despues á los angostos límites del espacio y del tiempo, fuera el suplicio más cruel que el espíritu del mal pudiera concebir en sus más funestos delirios.

—Sí, sí, es cierto, madre mia, es cierto.

—No quieras remontarte hasta la causa de las causas para conocerla y profanarla, mientras arrastres tu existencia por el mundo, y lleves sobre tu alma la Cruz de un cuerpo material y organizado. Remóntate á esas alturas para rendirte humildemente y decir con emocion profunda y fervoroso respeto: «¡Señor, hé aquí una alma abrasada de amor que solo en tu seno podrá calmar su inquietud y apagar su sed ardiente!»

—Sí, ese es, madre mia, ese es el misterio que buscaba con afan prolijo mi exaltada fantasía; esa es la verdad que me satisface; ese es el bálsamo que me cicatriza las heridas de mi alma. Esa idea feliz y luminosa responde cumplidamente á mi frenética pregunta: ¿á dónde vamos? ¿á dónde vamos?

—Piensa siempre en Dios, y tu pensamiento te alentará para sufrir todos los dolores y para arrostrar todas las contrariedades.

—¿Me bastará pensar en Dios, para ir á Dios y confundirme con Dios, en amor purísimo é inefable?

—Si piensas en Dios de tal modo que su idea dirija todos tus pasos en el mundo, es seguro que no te sojuzgarán las pasiones, ni te enervará y envilecerá el vicio. Porque quien piensa en Dios y es absorbido por un pensamiento tan grandioso, resiste con denuedo á todos los enemigos del alma, y es fuerte para realizar las virtudes más heróicas.

—Y el éxtasis deleitoso del amor á Dios, ¿es el único medio de volar á su seno?

—Acuérdate, hijo mio, de que el mundo es un lugar de pruebas y de sacrificios para la humanidad; pero que el mundo es un medio accidental para marchar á un fin definitivo y eterno. Ten presente que el amor al prójimo es el amor que Dios nos impone, y que no depende solo de nuestras simpatías, sino de nuestra voluntad; que ese amor templa los pesares de la vida é inspira los sentimientos más levantados, y que por amor al hombre descendió Dios á la tierra, tomó carne mortal y sufrió una pasion cruel y una afrentosa muer-

Biblioteca Nacional de España

te. Piensa, pues, en Dios; pero ama al hombre, porque el amor á Dios no es un estéril misticismo, sino el cumplimiento de todos los deberes y la práctica de todas las virtudes.

—Es verdad, madre, es verdad; amando á nuestros prójimos, y sacrificándonos por su bien, es como respondemos á la voz de nuestro corazon y á los preceptos cristianos.

—Pero no á preceptos quiméricos interpretados por tu voluble y falaz criterio, sino por una madre infalible y más amante todavía que la que te dió vida material; por una madre que recibe inspiracion de Dios y que no puede engañarse ni engañarnos; por esa madre sobrenatural que se llama «Iglesia católica.»

—¡Ya soy feliz, madre del alma, ya soy feliz! porque ya no me afligirán las dudas, ni me arredrarán los temores, ni me agitarán las vacilaciones, pues Dios me ha dado una madre que asista á mi alma en su peregrinacion terrenal; una madre tiernísima y sapientísima; una madre que calme mi inquietud sobre el pavoroso problema de mi existencia; que me consuele en mis infortunios; que me aliente en mis desengaños; que me anime en mis adversidades, y que descorriendo el denso velo que á la razon humana oculta los misterios del porvenir, me diga *á dónde vamos*.

JUAN CANCIO MENA.

ACTO DE CONTRICION.

(PARÁFRASIS.)

Señor mio Jesucristo
Dios y hombre verdadero,
Criador que me dió la vida
Y Redentor mio excelso;
Solo *por ser vos quien sois*
Y porque os amo y venero
Muy *sobre todas las cosas*
Que pueblan el universo,
Me pesa y duele *de todo*
Corazon, ¡oh Dios! *de haberos*
Tan ciegamente *ofendido*
En la tentacion cayendo.
Yo *propongo firmemente*,
Y así humilde lo prometo,
Nunca mas pecar ingrato
Dando á vuestro amor tormento.
Y cuidadoso *apartarme*
Como de abismo funesto
De todas las ocasiones
De olvidaros y *ofenderos*;
Confesarme arrepentido,
Tristes lágrimas vertiendo,
Y cumplir la penitencia
Que me fuere impuesta luego.
Os ofrezco ya *mi vida*,
Obras y trabajos, mérito
En satisfaccion de todos
Mis pecados, que detesto.
Y así como os lo suplico
Así confio, y lo anhelo,
En vuestra bondad, hermana
De vuestro poder inmenso,
Y en la gran *misericordia*
Infinita y sin ejemplo,
Que *me los perdonareis*
Vos *por los merecimientos*
De esa *vuestra preciosísima*
Sangre de puro Cordero,
Y de la *pasion y muerte*
Que abren al mundo los cielos;
Y luz *me dareis* y *gracia*
Para enmendarme cual bueno,
Y para perseverar,
La voz de Luzbel huyendo,
En vuestro santo servicio
Hasta la muerte en el tiempo.
¡Así, Señor, *así sea!*
¡Óyeme, oh Dios! ¡Te lo ruego!

ANTONIO ARNAO.

Biblioteca Nacional de España

LA CABRITA Y EL LOBO.

FÁBULA.

Con halagos y mimos
un lobo fiero,
fingiéndose tan manso
como un cordero,
de una cabrita
logró conquistar toda
la simpatía.

—

—Es un mísero viejo,—
llena de lástima,
decia, al ver al lobo
la pobre cabra.
Y yo no veo
que haya motivo para
tenerle miedo.

—

Siempre que iba la cabra
por allí cerca
de donde aquel tenia
su madriguera,
fino y amable
salia á darla el lobo
las buenas tardes

—

Contábale aventuras
maravillosas,
y á la cabra encantaba
con sus historias;
y la ofrecia
algun sabroso ramo
por despedida.

—

Una tarde la cabra,
siempre inocente,
á ver á aquel amigo
fué como siempre,
y ¡ay! en sus garras
espiró aquella tarde
la pobre cabra.

—

Padres buenos cristianos,
tened gran cuenta,
que hay lobos hoy que buscan
á la inocencia,
y astutos tratan
de matar en los niños
la fé del alma.

C. FRONTAURA.

Biblioteca Nacional de España

La que mantiene la casa.

Dios no abandona nunca á los que tienen prevision y prudencia. Juan, un pobre segador, á fuerza de ahorros y privaciones, tuvo para comprar una vaca. Hoy, postrado en cama y sin trabajo, ha tenido que ir vendiéndolo todo para alimentar á sus hijos.

Ya no tiene que vender el pobre, no tiene mas que la vaca, la amiga de sus niños, y ésta es la que mantiene la casa. Ella los conoce ya porque la sacan al campo á comer yerba, y la acarician y la besan y le dan los más dulces nombres, y en cuanto los ve llegar los mira con humildad y alegría, y no le falta más que decirles:—Mientras el padre se pone bueno y trabaja, tomad el alimento que yo os doy, por voluntad de Dios. Vuestro padre me compró cuando iban á llevarme al matadero y me libró de la muerte; yo le pago ahora evitando que muera él de hambre y sus hijos queden abandonados. Dios os dará mejores tiempos.

Y los niños están locos de contento con su vaca, y el padre enfermo dice, pensando en Dios:—«¡Oh, Dios mio! tú no abandonas nunca á quien confia en tí y sigue la senda del trabajo y del ahorro. ¡Bendito seas, Dios mio!»

Biblioteca Nacional de España

Guzman el Bueno en el sitio de Tarifa.

Corria el año de 1294, y reinaba por aquel entonces sobre Castilla y Leon D. Sancho el IV, á quien la historia apellida *el Bravo*, así por la enérgica condicion de su carácter, como para diferenciarle de los demás reyes que igual nombre llevaron.

Al Mediodía de nuestra península, á poca distancia de Algeciras, alzábase ya en aquella época la fuerte plaza de Tarifa, que por su posicion, dominando el Estrecho de Gibraltar, ha sido no pocas veces objeto de rudos ataques y de heróicas defensas.

Aquel año, grande era la aglomeracion de gente de armas que alrededor del castillo notábase, y muchos los aprestos de máquinas de todas clases y demás ardides de guerra que para batir plazas en tal época se usaban. No era menor la actividad y movimiento en el interior de la plaza. No habia punto insignificante de su adarve que no vigilase atento un centinela. Y es que sitiaba á Tarifa al frente de musulmanas huestes, para arrebatársela al rey de Castilla, el infante D. Juan, quien encontraba resistencia tenaz de parte de Alfonso Perez de Guzman, que aquella plaza tenia por el rey D. Sancho.

¿Cómo el infante D. Juan, el hermano del rey de Castilla, caudillo de musulmanas tropas, veníase en son de guerra contra el hermano y señor, y ponia sitio á una de sus mas importantes plazas?

Ya en diferentes ocasiones vióse don Sancho obligado á reprimir con mano fuerte y ejemplares castigos las asonadas y levantamientos de los ricos-hombres de su reino. El mismo hermano de D. Sancho, el infante D. Juan, génio turbulento y desasosegado, alma desagradecida y maquinadora de constantes rebeliones, hubo de sufrir los efectos de su justicia, y de ella experimento prueba terrible D. Lope de Haro, señor de Vizcaya, á quien colmado habia D. Sancho de honores y grandezas, que el D. Lope pagaba con la arrogante altivez y siempre creciente exigencia que sobre el rey ejercia.

A consecuencia de una de estas asonadas y rebeldías, aprisionó D. Sancho al infante D. Juan en el castillo de Búrgos, pasándole de este luego al de Curiel. Sin que las crónicas nos digan las razones de conveniencia que para ello tener pudo, acordado habia el rey D. Sancho en 1291 la libertad del infante, y este prestó en Valladolid juramento de fidelidad al rey y á su sobrino Fernando, cual sucesor de su padre en el trono.

Si la clemencia de D. Sancho fué en mala hora empleada, prónto tuvo el rey castellano ocasion de experimentarlo. El revoltoso infante no tardó mucho en dar pruebas de que no era la fidelidad virtud que su pecho abrigaba, ni el reposo condicion de su ánimo turbulento. Alzóse otra vez en union con D. Juan Nuño, el Mozo, pero perseguidos ambos activamente, acogióse éste al perdon del rey, y refugióse el infante en Portugal. No convenia, sin embargo, al rey castellano que tan vecino estuviera el rebelde, y apoyado en los tratados que á Castilla y Portugal ligaban, reclamó el extrañamiento de D. Juan.

BIBLIOTECA MADRID
Biblioteca Nacional de España

Salióse, pues, el infante de aquel reino, y en su ánsia de buscar disturbios á su hermano, no titubeó en pasar á Marruecos, ofreciendo al rey Yusuf que si á su disposicion ponia algunas tropas, le recobraria la plaza de Tarifa que el rey D. Sancho conquistára en 1292.

Gustóle al emir la proposicion, viendo quizás en ella favorable coyuntura de sentar nuevamente el pié en dominios de Castilla, y ordenó que al infante acompañaran sus caudillos con cinco mil zenetas de caballería. Al mando de estas y de las tropas que de Algeciras le dieron, fuese el infante D. Juan y puso su campo delante de Tarifa.

Gobernaba y defendia la plaza, como hemos dicho, Alfonso Perez de Guzman, señor de Niebla y de Nebrija, que en puesto de tal importancia habia venido á suceder á D. Rodrigo Perez de Ponce, maestre de Calatrava, á quien el rey primeramente encomendára la guarda de Tarifa al conseguir su conquista.

Era Alfonso Perez de Guzman ilustre y esforzado caballero castellano, que habia ya dado pruebas de su valor prestando servicio al rey de Marruecos en las guerras que éste sostuviera contra otros príncipes africanos, y en cuyas campañas, no solo alcanzó renombre de aguerrido, si que tambien adquirió fortuna inmensa, con la cual haciéndose poseedor en Andalucía de grandes territorios, unido esto á la herencia que de sus padres tuvo en el señorío de Sanlúcar de Barrameda, constituyóse en uno de los mas ricos señores.

Bien que el infante D. Juan estrechara el sitio de Tarifa, el valiente Perez de Guzman rechazaba con heróica resistencia el ataque y hacia cada vez más difícil la toma de la plaza.

Desconcertado el infante en todos sus planes, dió en pensar en el que podria vencer la fiereza del caballero, y despues de madurar muchos, creyó haber hallado el más eficaz, pues juzgaba, por su medio, hacer vibrar las sensibles cuerdas del corazon del padre.

Temiendo Alfonso Perez de Guzman las consecuencias de un sitio, y deseoso de librarle de ellas, habia alejado de Tarifa á su hijo, tierno mancebo en quien fundaba todas sus dichas y esperanzas. Apoderose de él el infante, colocóle frente á la muralla de Tarifa, y comunicó á Guzman la alternativa de entregar la plaza ó presenciar la muerte de su hijo.

Terrible debió ser la lucha que estableciérase entre el deber del caballero y los impulsos del corazon paterno. Venció sin embargo el primero. Avanzó Guzman hasta el repecho del muro, y con voz fuerte y serena: «*Antes querré que me mateis ese hijo y otros cinco, si los tuviere, que daros una villa que tengo por el rey.*»

Pronunciadas estas palabras, desciñóse el estoque, lo arrojó al campo enemigo, y retiróse sin que su semblante delatara el horrible dolor que su alma grande debia sufrir.

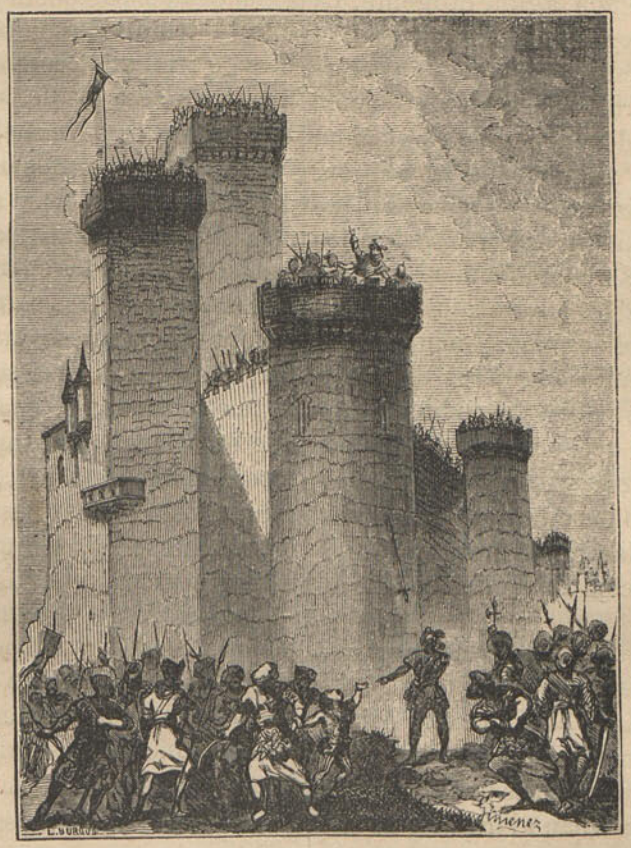
Despechado el infante D. Juan, viendo el mal éxito de su intento, con el acero mismo del padre dió muerte al tierno hijo de Alfonso. Y no cejó aquí. Antes bien, exajerando su crueldad y barbarie, hizo arrojar la cabeza á la plaza como prueba de haber cumplido su feroz promesa.

Si de inútiles, aunque tristes resultados fué la amenaza, tampoco consiguió nada el desapiadado infante con tal refinamiento de crueldad. Alfonso

Biblioteca Nacional de España

Perez de Guzman redobló sus esfuerzos, alentó el valor de sus soldados, y los musulmanes, llevando á la cabeza al rebelde príncipe cristiano, hubieron al fin de levantar el sitio de la plaza, huyendo cobarde y vergonzosamente á Algeciras.

El hecho heróico de Alfonso Perez de Guzman, ese rasgo que caracteriza hasta qué grado puede llevarse el cumplimiento del deber, llenó los ámbitos todos de la Península, y si hubo de compadecerse al padre, se admiró la abnegacion del caballero.



GUZMAN EL BUENO EN EL SITIO DE TARIFA.

La ruda heroicidad de Alfonso conquistó á éste el renombre de GUZMAN EL BUENO con que la posteridad le conoce.

Algunos siglos han pasado desde entónces, y sin embargo, aún hoy se pronuncia con admiracion y respeto el nombre del caballero castellano, del inimitable defensor de Tarifa.

Biblioteca Nacional de España

Historia de una aguja

CONTADA POR ELLA MISMA.

(*Continuacion.*)

Durante siete años, continuó Jorge, la brújula y la aguja hicieron todo lo que se puede esperar de una brújula honrada y de una aguja diligente. La primera, navegando en el buque por la mar bravía, estuvo á punto de perderse en el naufragio del buque, y cuando este fué abandonado por la tripulacion, se dejó todo, todo menos la brújula, que se la consideró mas preciosa que el oro, y era la que habia salvado á los tripulantes. En cuanto á la aguja, fueron innumerables los trabajos que hizo en su modesta posicion. ¡Cuántos rotos zurcidos, cuántos agujeros disimulados! ¡Cuántos pobres desnuditos y ateridos de frio, vestidos y abrigados por ella! Y no digo nada de las labores delicadas, como las cifras en los pañuelos, los limpia-plumas... añadió Jorge mirando de reojo á Juanita. En fin, un dia...

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó? preguntó impaciente Pepito.

—Un dia, á la hora que los pajarillos cantan en las ramas, y las flores exhalan sus mas dulces perfumes y los árboles se balancean al impulso de una suave brisa, se vió que en el soberbio jardin del soberbio palacio, estaban, jugando, brincando y saltando los dos príncipes.

—¡Ay! ¿no se habian hecho grandes?

—Se habian hecho grandes en cordura y en virtud. Pero los años pasados no eran para ellos mas que un sueño, y quizá hubiesen perdido el recuerdo si no hubieran oido otra vez aquella voz dulcísima de la hermosa hada; del boton de una rosa salió, y se presentó ante sus ojos tan bella como antes, y extendiendo sobre ellos la mano les dijo:—«No olvideis la leccion que acabais de recibir. Recorred ahora voluntariamente esa via de actividad y trabajo en que os puse contra vuestra voluntad. Séres dotados de inteligencia, de palabra, no deben ser inferiores á objetos inertes como una brújula y una aguja; que en las horas de pena y afliccion, vuestro corazon se dirija siempre hácia la estrella polar del deber, que vuestra casa sea el santuario de las virtudes, y cuando conozcais que os acomete una mala tentacion, recordad mis palabras, que son la expresion de mi buen deseo en favor de los niños buenos, que conocen sus errores y los corrigen.»

Cuando Jorge terminó su sencilla historia, salió un momento, y volvió trayendo en las manos con cierto aire de misterio un objeto que afectaba bajo el papel que le envolvia complicadas formas y extraños ángulos.

—Juanita, dijo Jorge acercándose á su hermana; no me has preguntado si esta vez, como otras, te habia traido algun regalo. ¿Cómo habia de haberme olvidado de tí? Todas mis escasas economías las he empleado en un objeto que espero ha de agradarte mucho.

—¡Ay! ¿qué es? dijo Juanita llena de curiosidad.

—Adivínalo. A ver, tú tambien, Pepito.

Biblioteca Nacional de España

—Un caballo.

—Un molino.

—Una muñeca.

—No lo acertais, dijo Jorge desenvolviendo con presteza el papel que cubria el misterioso regalo. Y entonces se vió aparecer una bonita máquina de metal pintado de varios colores.

Los niños miraban con la boca abierta, no sabiendo si debian reir ó admirar, y temiendo que Jorge se fuera á burlar de ellos.

—Este es, dijo sonriendo, un juguete muy grave y severo. No es un molino, ni un caballo, ni una muñeca; no sirve para jugar, porque no es un juguete, sino una máquina útil que trabaja, que cose... porque es una máquina de coser.

Muy sorprendidos quedaron los niños oyendo esta explicacion, pero mas me sorprendí yo; no tuve, sin embargo, tiempo de manifestar mi sorpresa. Jorge, deseando hacer conocer y apreciar su regalo, habia fijado la máquina y la hacia funcionar con suma agilidad delante de los asombrados pequeñuelos.

Imaginaos un carrete lleno de hilo y colocado en una espiga movible de hierro. Este hilo se enhebra en una aguja como yo, solo que tiene el ojo cerca de la punta, mientras yo le tengo en la cabeza. La aguja sostenida en una posicion vertical, con la cabeza arriba y la punta abajo; se dispone á ir picando una tela extendida sobre una placa perfectamente lisa, y que tiene dos ó tres agujeros. Con una mano sosteneis la tela, y con la otra dais vueltas al manubrio de la rueda, y la aguja empieza á picar, y pica, y pica, y pica con un *tic tac* tan alegre, que es cosa muy entretenida; cada picadura de la aguja forma un punto en el tejido, y dirigiendo hábilmente la tela, podeis obtener puntadas en redondo, en óvalo, en forma de guirnalda, en fin, en toda especie de formas comparables á los mas caprichosos bordados.

Juanita y Pepito miraban maniobrar la máquina con una curiosidad que les absorbia completamente.

—Sigue, sigue, decian los dos niños á Jorge cuando éste iba á parar la rueda.

En fin, cuando el pedazo de tela que servia á la operacion estuvo lleno de costuras en todas direcciones, Jorge se detuvo, y Juanita arriesgó esta observacion:

—Bien veo la punta de la aguja clavarse en la tela, levantarse luego y volverse á clavar; pero, ¿cómo se hace la costura?

—Tienes razon, contestó Jorge, y ese es el misterio.

Detuvo el manubrio, sujetó con el dedo la pequeña plancha de metal, la desencajó de las ranuras, y mostró á Juanita una cavidad que habia debajo.

—En esta cavidad, dijo, circula una especie de lanzadera semejante, si no por la forma, por la agilidad y el resultado, á una lanzadera de tejedor. Por estos agujeros abiertos en la plancha, el hilo conducido por la aguja llega á la cavidad, sufre una ligera torcedura, se forma un lazo, pasa la lanzadera, se apodera del lazo, y está hecho el nudo.

—¡Qué bien! ¡Qué bien! exclamó Juanita entusiasmada por primera vez á la idea de coser. Pepito, dame el pañuelo, la corbata, todo te lo voy á coser, voy á coser todo lo que se necesite en casa.

Biblioteca Nacional de España

—¡Oh! exclamó Jorge, antes es preciso que aprendas á manejar tu nueva aguja. Sin ser difícil, es trabajo que requiere costumbre y ciertas precauciones. Con que dejemos para mañana tu aprendizaje, y vamos á ver si mamá quiere algo.

Y los dos niños siguieron á Jorge.

XII.

LA CONVERSION DE UN EGOISTA.

Los hombres tienen un proverbio que, para desgracia suya, halla frecuente aplicacion. «Los dias se siguen y no se parecen.» El dia siguiente á aquel que para los niños habia sido un completo dia de fiesta, les ví llegar á la sala más tarde que de costumbre. Tenian los ojos encendidos, y se conocia claramente que habian llorado. El papá y la mamá vinieron luego tan tristes como sus hijos. ¿Qué habia sucedido? Nada mas sino que se habia recibido carta de Sevilla del primo Mateo. Éste, lejos de negarse á sacar á sus primos de los apuros en que se hallaban, ponia á su disposicion una suma muy considerable; pero ¡á qué precio! Jorge, el gentil Jorge, su ahijado, debia separarse de sus padres y hermanos, y vivir con su tio en Sevilla. La separacion, decia la carta, debe ser *para siempre*. Mateo le queria tener como hijo. Figuraos, queridos lectores, la inmensa pesadumbre de la madre.

¡Qué hombre tan malo! direis acaso; pero solo debeis decir:—¡Qué egoista! Mateo apenas habia conocido á su padre y á su madre, muertos ambos cuando él era un niño, y tampoco él habia sido padre. Ignoraba, pues, la fuerza de esos lazos que unen el corazon de un hijo á su familia. Desatando estos lazos creia que era esta una corta compensacion de los favores que estaba dispuesto á hacer á sus primos. Mateo, al obrar así, aún se figuraba que era muy generoso, y no tenia idea del vacío horrible que hace en una familia la ausencia de un hijo querido.

La pobre madre no habia podido dormir en toda la noche, y Jorge, que ya lo sabia todo, la habia abrazado, diciéndola:

—Mamá, yo haré lo que mas convenga á papá.

Pero al mismo tiempo vino á sus ojos un torrente de lágrimas, y exclamó con desesperacion:

—¡Oh! nunca, nunca podré alejarme de esta casa.

¡Pues no digo nada cuando Juanita y su hermano supieron la próxima separacion que les amenazaba!

—¡Jorge se marcha con el tio!... No, no, eso sí que no. Él nos enseña y nos divierte. Él es nuestro hermano... No, no, no se irá. ¡Que venga el tio por él!

Y se abrazaban á Jorge.

—¡Ah! decia Jorge; no sé lo que haré ni lo que Dios dispondrá de mí; pero ni yo podré querer á mi tio como á mamá y á papá, ni él me podrá querer como me quieren ellos.

Rafaela entró á decir á su amo que le esperaba un cobrador del Banco, que traia muchas letras y pagarés. Eduardo palideció, y dirigió á Jorge una mirada que era al mismo tiempo de súplica y dolor. ¡Qué mirada! Así debe mirar el náufrago la mano que le llama á algunas brazas de distancia. Jorge se arrojó en los brazos de su padre.

—Iré, papá mio, iré con mi tio, le dijo, iré por V. y por mis hermanos.

No añadió *y por mamá*. ¿Por qué?

Ella y Jorge lo sabian.

(Se concluirá)

Biblioteca Nacional de España

Lo que puede una Mujer.

(CONTINUACION.)

Rosita quiso defenderse ante el consejo, pero lo grave de la falta hacia imposible la defensa: murmuró tímidamente:

—Lo hice sin querer... Yo no queria que se cayese... No lo volveré á hacer.

Esta defensa no fué tomada en consideracion, y siendo ejecutoria la sentencia, se dispuso que dos dias despues se llevaria á cumplido efecto, formando el cuadro todas las colejialas.

Llegó el dia de la expiacion, que iba á redimir la culpa de Rosita y á devolverla el aprecio de sus compañeras, pero Rosita no quiso ponerse de rodillas delante del colegio en pleno; su orgullo se rebeló ante esta que ella, ¡insensata! consideraba una humillacion, y ni los consejos del sacerdote, ni las palabras cariñosas del mismo maestro de baile, ni las excitaciones de sus amigas pudieron doblegar aquel carácter rebelde y soberbio.

La directora, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Hija mia, ¡qué desgraciada vas á ser en el mundo!

Y escribió á los padres refiriéndoles el suceso y diciéndoles que si ellos podian hacerla cumplir el deber de pedir perdon humildemente por su grave falta, la conservaria en el colegio, y en caso contrario podian disponer de ella, pues allí no podia estar una niña, que así comprometia el buen órden de la casa.

Gran efecto causó la discreta y prudente carta en D. Antonio y su señora, y no era extraño, pues ya saben mis lectores el entrañable amor que aquellos buenos padres tenian á su hija, y ¡ojalá no les hubiese cegado el amor de padres hasta el punto de educar á su hija de una manera la menos conveniente á su propia felicidad.

Discutieron ambos esposos sobre lo que deberia hacerse.

D. Antonio queria que la niña pidiese perdon al maestro de baile, como deseaba la directora del colegio. Don Antonio era un hombre de buen sentido, y como tal pensaba; pero su mujer tenia gran dominio sobre él, y acababa siempre el buen hombre por hacer aquello que más conveniente parecia á la madre complaciente.

Lucía pretestó que aquella humillacion, en el carácter impresionable y en el nervioso temperamento de la niña, podria producirle algun mal; la disculpó con sus pocos años y el aturdimiento propio de la niñez; expuso su creencia de que acaso el suceso no habria sido tan grave como la directora lo pintaba, y por fin manifestó que se alegraría de tener á su hija á su lado, que ya era mucho tiempo el de su ausencia, y que acercándose la época de las vacaciones veraniegas, lo más acertado sería sacarla del colegio, y ya se veria despues lo que se habia de hacer.

D. Antonio quedó convencido, como siempre que le queria convencer su mujer, y emprendió el viaje otra vez al extranjero para traerse á su hija.

Gran sorpresa causó en el colegio la visita del padre de la niña, y la directora pensó que aquel padre, justo y severo, venia á obligar él mismo á la niña culpable á redimir su culpa por la humildad y el arrepentimiento.

Biblioteca Nacional de España

Pero su asombro fué más grande cuando D. Antonio le dijo que el objeto de su visita era llevarse á la niña, aunque faltaba un mes para las vacaciones.

Rosita no cabia en sí de orgullo.

En aquel momento triunfaba de la directora, del director espiritual del colegio, del agraviado maestro de baile y de todas sus condiscípulas.

¡Miserable triunfo, queridos lectores mios!

El verdadero triunfo, el que con justo motivo hubiera debido enorgullecerla debia haber sido el que hubiera alcanzado sobre sí misma, confesando y reconociendo su culpa y manifestándose dispuesta á la enmienda y á dar la debida satisfaccion.

La enmienda y el arrepentimiento no avergüenzan nunca; la que humilla y avergüenza es la culpa.

Vencerse á sí mismo es la gran ciencia de la vida de toda persona honrada, y es preciso que desde niños nos acostumbremos á esta grata y meritoria virtud, que ha de evitarnos muchos pesares en el mundo, que ha de darnos fuerzas para sufrir todas las contrariedades, que ha de hacernos, en fin, tolerantes, sufridos, modestos y buenos con el prójimo.

Grandes figuras nos presenta la hisria, lectores mios, de hombres y mujeres eminentes, á quienes el destino colocó en posicion la más ventajosa para hacer el bien y merecer el aplauso del mundo, y teniendo buenísimas prendas, y siendo grandes caractéres, carecieron de la virtud de vencerse á sí mismos, y la falta de esta cualidad llegó á oscurecer todas las demás que tenian, por más que fueran muy relevantes, y despues de haber causado la admiracion del mundo, vinieron á desaparecer en medio de la indiferencia ó el desprecio.

—Rosita, dijo el padre bonachon á la directora, volverá probablemente para Octubre, si su madre no dispone otra cosa.

—Abierta tiene la puerta de esta casa, contestó aquella, si al volver quiere hacernos á mí y á sus condiscípulas el favor de reconocer su culpa y pedir por ella perdon. Dia sería para mí de gran satisfaccion aquel en que se decidiera, con mejor consejo, á hacer ese acto justísimo de reparacion, porque yo gozo mucho cuando veo desarrollarse en mis discípulas caractéres propios para hacerlas felices, ó á lo menos para sobrellevar con humildad las eventualidades de la vida.

—Esta mujer tiene razon, pensaba D. Antonio, y es una lástima que saquemos á la niña del colegio; pero es voluntad de mi mujer, y ante esta voluntad estoy yo acostumbrado á no hacer uso de la mia.

La directora y las condiscípulas de Rosita lloraron mucho al separarse de la niña. Acaso instintivamente presumian que se separaban de quien iba á ser muy desgraciada.

El que estuvo sublime fué el maestro de baile, que bailarin, ridículo y todo lo que se quiera, era en el fondo un buen hombre.

Al saber que la niña se iba del colegio, y presumiendo que se iba por no cumplir el precepto de la directora de ir á pedirle perdon por la mala pasada que le habia hecho, y que en poco estuvo que le costara la vida al infeliz, cojeando todavía y todo encorbado, y con la cabeza entrapajada, —tales y tantas habian sido las contusiones que le produjo la caida—fué al salon, y ha-

Biblioteca Nacional de España

bló á la niña es estos términos:

—No, hija mia, no se vaya V. por mí del colegio; no hay necesidad de que me pida V. perdon por aquella travesurilla; ya pasó, ya estoy bueno, y no tengo ni sombra de rencor en el corazon. Casi, casi, el que debe pedir perdon soy yo, yo porque soy viejo, y feo y ridículo, y es claro, no puedo inspirar grandes simpatías. V. no tuvo intencion de hacerme daño, ya lo sé, y si se va á ver, yo fuí quien tuvo la culpa toda, yo que entre tan aturdido pensando en las musarañas, y sin tener la prudencia que debe tener un viejo que además es medio ciego.

Con que no se vaya V. del colegio, y la señora directora me hará el favor de relevarla á V. de esa penosa obligacion de pedirme perdon á mí.

—Es V. un hombre muy bueno, dijo D. Antonio sin poderse contener.

(Se continuará.) (1)

(1) Acaso habrá chocado á nuestros lectores que en el capítulo primero de esta novela se dice que el colegio adonde fué llevada Rosita estaba en Burdeos, y en el segundo se dice que en Bayona. Dispensen los lectores la equivocacion contenida en el capítulo segundo, y lean Burdeos donde dice Bayona.

LOS NIÑOS PRECOCES.

Pepito y sus hermanitos, hijos de un gran escritor político, quieren tambien publicar libremente sus ideas y están haciendo un periódico ilustrado con caricaturas.

Pepito quiere censurar fuertemente á su abuelo, que no les deja subirse en las sillas y hacer otras travesuras, y al perro, que les gruñe cuando le tiran demasiado fuerte de las orejas.

No hay duda que el periódico que hacen los hijos del escritor está destinado á producir gran conmocion en la casa. El perro, sobre todo, se vá á considerar gravemente injuriado.

Biblioteca Nacional de España

Los niños precoces.

Ya está hecho el periódico con la caricatura del abuelito, dibujada por el mas pequeño de los niños, que tiene grandes facultades para las bellas artes.

La redaccion en pleno vá á presentar su periódico á la mamá; pero esta recibe á sus hijos con claras señales de disgusto, al ver cómo se han manchado de tinta las caras, las manos y los trajes.

El periódico hace completo fiasco.

Es preciso, niños, *no mancharse con lo que se escribe*. Esto lo comprendereis mejor cuando seais hombres.

A NUESTROS LECTORES.

En el número próximo terminará la bonita é instructiva *Historia de una aguja*, y en el primer número del mes próximo empezaremos el *Viaje al país de la Gramática*, por el sábio Juan Macé, ilustrado con grabados hechos expresamente para esta publicacion.

Hoy, como han visto los lectores, hemos empezado á publicar estudios históricos. Todos los episodios mas notables de la *Historia de España* tendrán cabida en Los Niños. Preparamos tambien unas curiosas *Nociones de astronomía al alcance de los niños*, una coleccion de trozos escogidos de nuestros clásicos, acompañados de grabados, y noticias biográficas de todos los grandes autores que la juventud debe conocer, ilustrándolas con magníficos retratos. Los primeros retratos que publicaremos son los de Dante Alighieri y Miguel de Cervantes.

En resúmen, vamos á hacer lo posible para que Los Niños sea un periódico indispensable en toda familia honrada é ilustrada.

No queremos hacer una especulacion; queremos hacer una buena obra útil al país.

Imp. de Los Niños, Independencia 2.

Biblioteca Nacional de España